



AGENDA DE PODER



POR HUMBERTO
BLIZZARD

@BETOBLIZZARD

LA SOMBRA DE AMLO: EL RETIRO QUE PARECE NO LLEGARÁ...

Las reglas no escritas de la política mexicana dictaban que, al final de su administración, el mandatario saliente de alguna forma trasladaba el poder al próximo presidente tan pronto, este último, era ungido como "electo", "ganador".

Aunque oficialmente, el nuevo gobernante entraba en funciones hasta tener la banda presidencial sobre su pecho, en la práctica, esto ocurría tan pronto pasaba la elección. Hoy en día, la situación no es así.

A menos de quince días de que López Obrador entregue oficialmente el mando a Claudia Sheinbaum, estamos presenciando lo que probablemente sea el cierre de sexenio más activo y agitado para un presidente en toda la historia moderna de nuestro país, rompiendo con un sinfín de tradiciones políticas.

Lejos de comenzar esa transición y dedita de su poder, Obrador se ha mostrado con una fuerza y actitud no vista a lo largo de su sexenio.

Por un lado, tenemos la aprobación de la reforma al Poder Judicial, la más importante y trascendental de toda su administración y que amenaza -para bien o para mal- con transformar la República como hoy la conocemos.

Pero igual lo hemos visto presionando por esta reforma, que imponiendo -"sugiriendo", diría él- a miembros del próximo gabinete federal o abriendo frentes de batalla diplomáticos con otras naciones.

Es un López Obrador que mira cómo se extingue su sexenio pero que, al mismo tiempo, observa y disfruta el crecimiento de un poderío que no tuvo durante todo su gobierno.

Podría ser el inicio de un nuevo poder que habrá de ostentarse, no desde los Pinos, ni tampoco desde Palacio Nacional sino desde Palenque, Chipas, residencia de López Obrador a partir del próximo 1 de octubre.

Y es que, a todo lo anterior, se le viene a sumar otro elemento que parece sustentar esa tesis: el anuncio de que otro Andrés Manuel López, ahora Beltrán, habrá de buscar -y muy seguramente obtener- una posición, un puesto dentro de Morena.

El hijo de AMLO y considerado como su principal operador político, habrá de despachar oficialmente desde el partido que su propio padre fundó. Pero todo lo anterior, si bien fortalece a López Obrador, también debilita política y administrativamente a Claudia Sheinbaum.

Ya se le impuso la Reforma Judicial, misma que será su gobierno quien tenga que ejecutarla -con todas las complicaciones y costos que esto pueda conllevar-.

Se le impusieron también varias figuras obradoristas en su gabinete.

Ahora, a través de Morena, se le impone a un emisario directo de López Obrador quien tendrá bajo su control buena parte de la estructura de este organismo político.

Es decir, el control del partido lo tendrá el presidente saliente y no la presidenta entrante.

Pareciera como si, la parte administrativa -el gobierno- fuese a recaer bajo el control de Sheinbaum mientras que, la política, se mantendrá en manos de AMLO a través de quien será su representante directo en el movimiento: su hijo.

Incluso, todo lo anterior, podría ya enmarcarse dentro de la muy lejana sucesión presidencial del año 2030.

No olvidemos que López Obrador en más



Pero si alguien piensa que estas demostraciones de fuerza de AMLO son una forma de despedirse, una manera de disfrutar un poco del poder presidencial antes de finalmente entregarlo a su sucesora me parece podría estar muy equivocado.

Hace semanas, en esta misma columna, hablé justo sobre este fenómeno de "radicalización" del presidente en el ocaso de su sexenio.

Planteaba dos posibles explicaciones: que Obrador estuviera cargándose, en los días finales de su gobierno, hacia una extrema izquierda, para darle margen de maniobra a Sheinbaum de deslizarse un poco más hacia el centro y hacerla ver como una figura más moderada; o bien, que, en realidad, este López Obrador que veíamos, era una imagen más cercana a la personalidad real del mandatario y que sólo habría sido mesurada o matizada a lo largo de su sexenio.

A la fecha, me parece, es esta segunda explicación la que podría acercarse más a la realidad de lo que está pasando, pero "aderezado" con una tercera razón: hoy, AMLO, tiene una fuerza política y una legitimidad de la que no había gozado en todo su gobierno.

Ni siquiera después de la elección de 2018 donde había sido, hasta ese entonces, el candidato presidencial más votado de la historia.

Hoy, López Obrador, tiene bajo su control el Poder Ejecutivo y el Legislativo.

El Judicial, con la posibilidad de presentar candidatos a jueces y magistrados, parece también al alcance de su mano.

Es pues, desde la noche del pasado 1 de junio y no desde el 1 de julio de 2018, el presidente más poderoso que hemos visto en décadas.

Por ello lo que estamos presenciando estas semanas no pareciera ser el fin de un gobierno. Todo lo contrario.

de una ocasión ha hablado sobre la existencia de un "testamento político" del que a la fecha se desconoce su contenido pero que, entre otras cosas, podría contener instrucciones específicas para el próximo gobierno.

¿Instrucciones sobre ciertas obras o acciones que deben cristalizarse o afianzarse? O, yendo todavía más allá: ¿instrucciones, con nombre y apellido, sobre quienes deberían sucederlo políticamente en el futuro? Por ello es que la incursión de su hijo de manera oficial en la política y el 2030, podrían ser hechos mucho más relacionados de lo que uno supondría.

Sheinbaum habrá de ostentar el poder presidencial a partir del 1 de octubre.

Y es un hecho ineludible que, en buena parte, estará condicionada por los designios de López Obrador.

Desde que ella misma ha aceptado que "no se desmarcará" del todavía presidente, queda completamente claro que habrá de gobernar con buena parte de las ideas y visiones del propio AMLO.

La gran duda es si, al final del día, la próxima presidenta termina siendo una calca de López Obrador, un apéndice del tabasqueño, aceptando quedar completamente amarrada de manos y sin posibilidades de labrar su propio camino o, por el contrario, logra romper un poco ese control, imprimir su estilo propio de gobernar y, de ocurrir todo esto, saber hasta qué punto lo logra, así como también el costo político que, este eventual rompimiento o desmarque, tendrá para ella, sobre todo, entendiendo que López Obrador se irá de Palacio Nacional, se irá a su rancho en Chiapas pero, muy difícilmente, se irá de esta posición de poder inédito que recién apenas, con su voto, la ciudadanía, le otorgó. Nos vemos la próxima semana. Tenemos una cita con el Poder. Agendado.